

Ensayo

Nelson D. P. Espínola

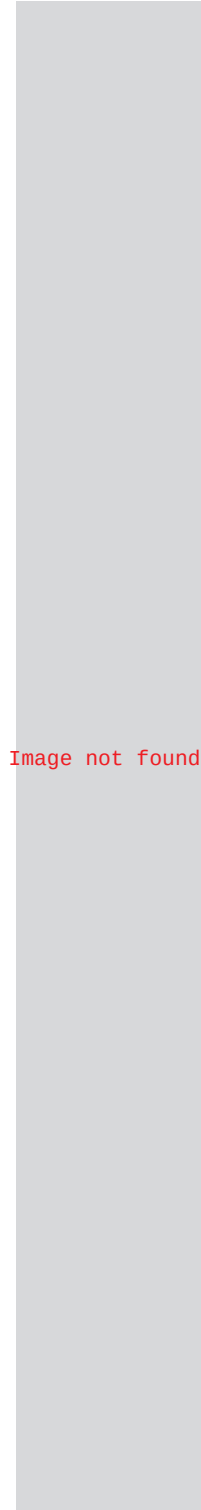


Image not found.

Capítulo 1

Estela era como un sorbo de leche fresca: el sabor de los lirios aspiraba mientras estaba acostada sobre un latido al ritmo de las alas de canario. Entró en el mundo de Almita cuando llegó el momento de amamantar antes de retirarse como los límites cada vez más amplios de una onda.

Fue papá quien tenía fuertes muslos para sentarse, brazos como ramas de árboles para envolverla fuertemente. Su sonrisa era la mitad de su corazón y su voz la otra, pero un día de pesadilla lo arrastraría, atado a una mula corriendo, a su muerte.

Almita, mi abuela Mamo, pasó las manos por el montículo, luego deslizó dos dedos por la superficie, nivelando la parte superior. La rica tierra negra parecía chocolate belga, y su imaginación convirtió hábilmente los campos de algodón más allá de ella en un salón de banquetes de mármol.

A salvo en la tierra de los sueños, estaba satisfecha con el dulce olor picante de su pastel de barro bien horneado. Pronto, en el silencio, su invitado vendría a recogerla en sus brazos, la haría girar y nunca la dejaría ir.

Tan pronto como escuchó sus pasos, una sonrisa borró su mirada de firme concentración.

"¡Papi!"

Ella agarró sus tobillos con fuerza y □□escuchó una sonrisa efervescente.

"¡Hola papá! ¿Quieres un poco de pastel? "

Ella sonrió encantada cuando él dio un gran mordisco.

"Es maravilloso, cariño" dijo.

Sus cinco hermanos mayores y su hermana mayor vieron a Mamo hablar animadamente con un roble cubierto de musgo. Su hermano, Samuel, caminó en silencio desde los campos de algodón hasta donde jugaba mi abuela. Sabía que no había tiempo para descansos.

Los niños mayores y su madre, Estela, tuvieron que agregar a la cantidad de algodón que ya habían elegido la suma que su padre habría cosechado, pero la familia era muy unida y, para Samuel, cuidar a su hermanita era más importante que el dinero.....

Dinero. Su padre casi había ahorrado lo suficiente como para pagar la deuda de la familia antes de que él ... Samuel rechazó el pensamiento, no

queriendo llorar por la pérdida del hombre que más amaba.

El demonio que poseía la tierra que trabajaban se había negado a darle a Estela el dinero que su familia había ganado hasta ahora, obligándolos a comenzar de nuevo su desesperación.

Y ahora la hermana de dos años que había ignorado a su madre y quería pasar todo su tiempo con su padre, para diversión de todos, no podía comprender que estaba muerto.

"Vamos, Almita", dijo, levantando a su hermana sobre una de sus caderas, "finge que estás jugando con una muñeca".

Le entregó una lata usada. No había dinero para juguetes. Quizás toda esa simulación fue lo que le hizo tan fácil fingir que su padre estaba vivo. Después de ver a Lili, la más joven de las ocho, regresó a los campos deseando que la noche no fuera tan lenta.

* * *

"¿A dónde nos mudamos, Almita?" Lili le preguntó a su hermana. Sus hermanos eran demasiado viejos para jugar y, además, eran niños, por lo que pasó la mayor parte del tiempo siguiendo a mi abuela.

"A la granja de Fer Gómez".

"¿Cómo será?"

"Lo mismo que la granja de Helena".

"Bueno, ¿por qué no pudimos quedarnos donde estábamos?"

"Por la misma razón, tuvimos que abandonar la granja donde nací en Millama. A veces los aparceros tienen que cambiar de granja".

"No me gusta ser un aparcero, Almita".

Ella rió. "Nadie lo hace, Lili. Pero piense en el lado positivo: la Navidad llegará pronto".

"Sé lo que no obtendrás".

"Oh, silencio, Lili", dijo Almita, pero no pudo evitar sonreír. Hace dos años, cuando era mucho menos madura que ahora a los ocho años, Estela le había regalado a Almita una muñeca para Navidad, una verdadera.

Pero para entonces Almita había visto muchas muñecas y muchos niños, y

aparte de los niños de su familia, a ella tampoco le gustaba.

Llevó la muñeca a la pila de leña y le cortó la cabeza, declarando que a partir de entonces no quería más bebés, ni reales ni plásticos.

"Sé que no voy a comprar una muñeca, Lili. Pero ya no tengo seis años. No le cortaré la cabeza ".

"No", suspiró Lili tristemente. "Tienes ocho años. Tienes que dejarme e ir a la escuela de Portilla.

"Eso es mejor que ir al campo como nuestros hermanos".

"Tal vez."

"Vamos, chicas" dijo Estela.

"Todo está empacado". Ella los apretó cerca, reconfortantemente. Estela era tan delgada como un retoño y tan musical como una alondra.

Sus hijos hablan de ella hoy en términos beatíficos, recordando cuánto los amaba.

Estaban tan cerca de ella que la llamaron por su primer nombre, Estela, en lugar de madre, que era como sus nietos y bisnietos se habrían dirigido a ella.

Amaba a sus ocho hijos, pero prestó especial atención a sus dos hijas más jóvenes, a quienes trató de asegurar todas las ventajas que no había podido ofrecer a sus hermanos.

De alguna manera, cuando mi abuela tenía trece años, Estela había logrado ahorrar suficiente dinero para terminar sus días como aparcera y comprar una casa para sus hijos, donde vivió hasta su muerte.

La casa estaba en la barranca, y fue aquí donde mi abuela desarrolló un nuevo amor: un amor por la seda y el terciopelo, las cerraduras y las palabras.

Como un artesano, cualquier cosa que ella pusiera en sus manos parecía volverse más hermosa.

Ella podría convertir un metro de seda de celadón en un vestido apropiado para un marqués y peinar el cabello de sus vecinos con los últimos estilos.

Más importante aún y a pesar de ser solo una adolescente, comenzó a desarrollar una reputación por el consejo que le dio a sus clientes, muchos de los cuales eran décadas mayores que ella.

Mi abuela dice que de una manera extraña siempre se sintió como una adulta, tal vez incluso antes de que debería haberlo hecho.

Dios parecía haber puesto en ella la sabiduría que la mayoría de los demás obtienen solo con años de experiencia. Almita sabía que no debía detenerse en lo que no puede arreglar y encontrar una solución a lo que sí puede.

Los clientes que solo querían una falda nueva o un peinado de colmena volverían con ella semanas después para agradecerle por resolver sus problemas.

Almita soñaba con ser costurera cuando creció e hizo su propia ropa escolar. Ella ya trabajaba como estilista, gracias a un vecino que dirigía un salón en el hogar y le refirió a los clientes en exceso.

En la escuela, Almita era una animadora popular, en casa, una autoproclamada psicóloga, que ofrecía tanta sabiduría como belleza. Ya no estaba rodeada de campos de algodón, su mundo estaba lleno de partidos de fútbol y salidas a la heladería y, en sus años de secundaria, se enamora de los soldados guapos.

Ella había invitado a un hombre apuesto al baile de graduación, pero, incapaz de salir del ejército, prometió enviar a un amigo suyo en su lugar.

El hombre que envió era unos años mayor que mi abuela, un hombre con aspiraciones de ser un sastre que vestía ropa hermosa y ajustada a mano. Era guapo, elegante y aún más atractivo que la fecha original de Almita.

Él era mi abuelo, Carlos, mi Agulito. Después de la secundaria se casaron y se mudaron a La Paz para comenzar sus nuevas vidas.

Agulito asistió a la Universidad del sur, para poder ser sastre, mientras que Be-Be, como llamaba a mi abuela por la música jazz de caletín que era popular cuando se conocieron, persiguió con entusiasmo su sueño de trabajar como costurera. Agulito tuvo que trabajar dos trabajos mientras estaba en la escuela, por lo que Mamo siempre estuvo allí para ayudarlo a estudiar.

De sus libros, ella aprendió a administrar un negocio, un conjunto de

habilidades que continúa utilizando como costurera por cuenta propia.

A pesar del incidente de Mamo con su muñeca, ella me dijo con lágrimas en los ojos que si tuviera que vivir de nuevo, aún tendría a sus seis hijos. No le gustaban los niños cuando ella era una, pero ama a cada uno de sus tres niños y tres niñas de una manera diferente porque son individuos, y no querría vivir sin ninguno de ellos porque ellos son los que la hacen vida hermosa.

Sus años de crianza estuvieron llenos de momentos especiales, ya sea cosiendo junto a su hija menor, Cheu, o teniendo conversaciones personales con mi padre, Carlos, por la noche. Ella disfrutaba criando a cada niño único.

Sus nueve nietos también le dan alegría, porque está feliz de vernos criados con los mismos valores que ella y Agulito impartieron a sus hijos. Para ella, somos como nueve miembros más de su familia inmediata.

Todos los viernes, sus hijos y nietos se reúnen en su casa para ponerse al día durante la semana y disfrutar de la compañía del otro, tal vez interrumpida una o dos veces por una futura novia, recogiendo un milagro de seda cruda con cuentas intrincadas y agradeciendo a mi abuela por aliviar sus nervios.

Las historias antiguas están llenas de encantadores que son tejedores y costureras. Ellas entendieron que el hilo y la seda tenían el poder de dar forma a vidas y mundos.

Sabían que la vida no se trata de la tela que tejes, sino de los sueños que creas, no del cambio que ocurre cuando la paja se convierte en oro, sino de la metamorfosis del espíritu humano.

Mamo acaba de cumplir sesenta y nueve años y está lleno de vitalidad y luz. En las cartas que le escribo en su cumpleaños y cada día de la madre, la comparo con objetos espléndidos, como cerámica mexicana o una bandada de mariposas.

Ella maneja una magia brillante, una que le permitió a la hija de un aparcero desconsolado tomar seda y trenzas, alegría y amor, y formar la vida que quería y la familia que atesora.

Y tanto como cualquier niño que haya criado o cualquier vestido que haya cosido, ella misma es realmente una obra maestra.